

El nuevo orden mundial

JOAQUIN SANCHEZ DIAZ
Teniente Coronel de Aviación

NO cabe duda que en los últimos años los acontecimientos históricos se han precipitado, y lo han hecho de tal forma que el mundo es otro. La capacidad de acomodación del ser humano se ha sobrepasado con creces y todo ello produce una cierta sensación de vértigo. No se acaban de asimilar los últimos acontecimientos cuando ya resultan trasnochados y hay que volver a cambiarse las ideas y conceptos para intentar adaptarse a los siguientes, teniendo además la sensación que tampoco esos serán duraderos.

Vivimos en una verdadera y continua revolución que afecta a todos los factores de la vida. El mundo ha pasado bruscamente de estar rígidamente dividido en dos bloques políticos y militares a algo muy distinto. La desaparición súbita de uno de ellos ha trastocado las reglas de juego.

Sin duda la acción más publicitaria se centró en la desaparición del Telón de Acero, con especial énfasis en la caída del Muro de Berlín, por sus especiales connotaciones de todo tipo. Desde entonces el equilibrio de fuerzas ha cambiado hasta tal punto que ha desaparecido ese concepto, han nacido nuevos Estados y las relaciones entre todos ellos dentro de la comunidad de naciones se han modificado profundamente.

Todo parece indicar que estamos comenzando a vivir un nuevo orden mundial. Tal vez sea así, pero uno de los primeros problemas que hay que afrontar es saber distinguir entre lo que verdaderamente ha cambiado, y como va a afectar a nuestras vidas, para sacar el mejor partido posible, y lo que seguirá igual, para no dejarnos deslumbrar por espejismos que perturben aún más nuestra sobresaltada existencia.

Una pregunta que cabe hacerse es

si la humanidad se ha enfrentado antes a situaciones similares. Naturalmente la respuesta en sentido afirmativo o negativo depende de la escala que se emplee. Conocido es el dicho de que para una hormiga una gota de rocío es una inundación. De la misma manera, para una tribu africana del siglo XIX el cambio de su jefe podría representar un nuevo orden "mundial". Lo que sí es seguro es que nunca ha habido una convulsión de consecuencias tan globales en tan breve espacio de tiempo como la que nos está tocando vivir. No obstante, un simple vistazo a la historia de la humanidad revela que ha habido otras modificaciones profundas y de efectos decisivos.

Parece obligado referirse a la caída del Imperio Romano. Este hecho supuso un nuevo orden mundial, aunque era un mundo "provinciano", limitado a no toda la actual Europa, la costa norte de África y poco más. Su caída propiamente dicha, duro más de cien años, es decir, sin contar el periodo previo de decadencia, la recta final de la desaparición del Imperio Romano duró más que lo que ha sido el ciclo completo de vida del Imperio Soviético, incluyendo su gestación, explosión, consolidación, crecimiento y desaparición.

Saltándonos la Revolución francesa y sus consecuencias, otra oportunidad para establecer un nuevo orden mundial tuvo lugar tras la Primera Guerra Mundial. Esta vez tenía un ámbito mucho mayor, aunque no afectaba al mundo entero, pero la torpeza de los vencedores, hicieron imposible que esto ocurriera y todo quedó reducido a un fugaz periodo, con más sombras que luces, en donde la semilla para otro conflicto aún mayor estaba sembrada.

La siguiente oportunidad se presen-

tó con la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Esta vez el cambio que se debía producir tenía todas las premisas para propiciar un verdadero nuevo orden mundial. Pero de nuevo



la falta de visión estratégica de algunos de los vencedores, dió a luz un hijo bastardo del orden mundial que ellos hubieran deseado y que la humanidad, y sobre todo Europa, se merecían después de tantos sufrimientos. El resultado fue el mundo

NUESTRA VIEJA Y QUERIDA EUROPA

Aún no se habían apagado los pozos de petróleo de Kuwait cuando estalló un nuevo conflicto. Esta vez en el corazón de Europa y con tintes mucho más dramáticos que el anterior. Tres años más tarde, la sangre sigue inundando los siempre atormentados Balcanes, para vergüenza de la comunidad de naciones y muy especialmente de Europa. Los ex-yugoslavos de buena fe han tenido la mala suerte de que nadie tiene ningún interés allí; cuando esa guerra acabe, las demás naciones harán negocios con los que queden, independientemente de que ganen unos u otros, o que incluso una de las etnias en conflicto llegue a desaparecer. Mientras tanto, no se desaprovecha ocasión de utilizar toda la hipocresía que permite la diplomacia para organizar conferencias de paz, manifestaciones de condena, o incluso mandando ayuda humanitaria. Pero al mismo tiempo, por debajo de la misma mesa de conversaciones, se permite que les llegue armamento, o incluso se les vende, para alimentar el fuego de la guerra y de los odios. Hay algunos que incluso opinan que se les debería entregar a todos gran cantidad de armamento para que cuanto antes se proclamara un vencedor y se acaba así la guerra. Esta sería una solución, pero si se acepta es con la condición de asumir la total inutilidad de los organismos internacionales y la vuelta a la selva. Como dijo Ortega y Gasset: "Buena parte del azoramiento actual proviene de la incongruencia entre la perfección de nuestras ideas sobre los fenómenos físicos y el atraso escandaloso de las ciencias morales". Pero el verdadero responsable de esta situación, es Europa. En una tras otra de las crisis internacionales que se han presentado en los últimos diez años, Europa ha fracasado estrepitosamente. En ninguna ocasión ha sabido como reaccionar y sus políticos han sido incapaces de salir de sus planteamientos egoístas y provincianos. Al parecer 2000 años de historia, la mayoría de las veces tur-

bulenta, han pasado a la memoria genética de sus habitantes de manera que los recelos ancestrales y los intereses particulares se sobrepone constantemente a cualquier decisión colectiva.

Fuera de las declaraciones políticas de buenas intenciones, lo cierto es que a Europa le queda mucho por recorrer hasta que algún día se convierta en la potencia política, económica y militar que se pretende, con intereses comunes, con objetivos únicos, con decisiones firmes e inequívocas, en fin, en los Estados Unidos europeos.

En principio muchas cosas se oponen a que este proyecto se haga realidad algún día. Una cosa es hacer negocios en común, como hasta ahora, y otra muy distinta es dar el paso hasta constituir una unidad nacional, es decir, una sociedad cuya idea incluya, a la vez, ser tradición y ser empresa. ¿Qué es necesario e imprescindible para lograr esto? Naturalmente se ha escrito mucho al respecto y de forma muy diferente dependiendo de quien lo haga, pero parece bastante prudente, entre otras muchas cosas, exigir que todos los componentes de ese nuevo ente posean una lengua en común. ¿Cuál?, ¿el inglés?, ¿por qué? No es con toda seguridad, ni la lengua más precisa, ni la más lógica, ni la mejor construida, ni la lengua nativa más extendida en Europa. La lengua condiciona el pensamiento, los sentimientos e incluso la forma de afrontar la vida. ¿Es imaginable todos los organismos e instituciones de una nación utilizando nuevo idiomas diferentes al mismo tiempo? Eso sin contar que, con toda seguridad, las demás "lenguas menores" existentes querrán hacer valer sus razones para que también figuren en la lista. Es evidente que debe existir un idioma común, y lo es mucho más que las naciones cuyo idioma nativo sea el que se elija, poseerán una ventaja incalculable sobre las demás. Y esa ventaja se mantendrá incluso aunque se llegue a alcanzar un perfecto bilingüismo (cosa prácticamente imposible). La única forma de anular esa ventaja para una determinada nación sería abandonar por completo

su actual idioma y sumergirse en el nuevo idioma oficial. Eso significa que tendría que dar un carpetazo a su historia, su cultura, sus tradiciones, es decir, tendría que vender su alma al diablo. Aparte de requerir al menos cuatro o cinco generaciones, es sustancialmente imposible.

Otra condición imprescindible es tener una historia común. Algunos pensarán que si algo nos sobre en Europa es historia común, pero no es cierto. Desde siempre, cada nación ha manipulado "su historia" de manera que se presenta a sí misma como la más virtuosa, valiente, justa y benefactora de todas con las que ha tenido relaciones. A las demás se las intenta desprestigiar y cargar con todos los vicios y maldades que el ser humano es capaz de acumular, o simplemente se las ignora. Cuanta más fricción hayan tenido dos naciones a lo largo de su historia, peor tratamiento recibe cada una de ellas por la otra. Esto, enseñando desde muy temprana edad en las escuelas, es el origen de la mayoría de las reticencias y suspicacias actuales entre las naciones, sobre todo el Europa. Para lo que ahora nos ocupa, mucho más importante que lo que realmente ocurrió es lo que "oficialmente" ocurrió, y los 2000 últimos años de historia europea son contados de forma muy distinta en cada una de las actuales naciones, sobre todo los últimos cinco siglos. Habrá que ponerse de acuerdo sobre todos y cada uno de los acontecimientos históricos hasta en los últimos detalles, porque no parece aceptable que desde las escuelas hasta en los libros de cualquier tipo, los acontecimientos históricos, tanto en común como con el resto del mundo, se contemplen de formas muy diferentes cuando no opuestas. Por ejemplo, habrá que acordar quien ganó la Batalla de Bailén, porque hasta ahora, en España, Francia y Reino Unido se cuenta como una victoria propia. Eso sin mencionar la campaña de los Tercios de Flandes, la conquista y la colonización del continente americano y largo etcétera que incluye absolutamente a toda la historia.

¿Qué tipo de ente se va a constituir? ¿Una nación compuesta por va-

rios estados, o un estado integrado por varias naciones? Naturalmente sería mucho más deseable el primer caso, ya que la unión que se produce es incomparablemente más fuerte. Las grandes naciones o las federaciones de estados siempre constituyen una sola nación. Sólo bajo ese concepto se puede basar un proyecto en común y con un futuro. Un estado compuesto por varias naciones es algo inconsistente, sin corazón y, mucho más importante, sin alma. En sí lleva implícita la aceptación de destinos distintos, objetivos diferentes y su unión temporal es básicamente burocrática.

Pero intentar que Europa constituya una nación, tal y como hoy se entiende ese concepto, es una opción utópica; tal vez se podría lograr en un milenio más, por lo que ese no puede ser un consuelo ni un objetivo a perseguir por la actual generación de europeos. Además, como el proceso de evolución hacia ese objetivo

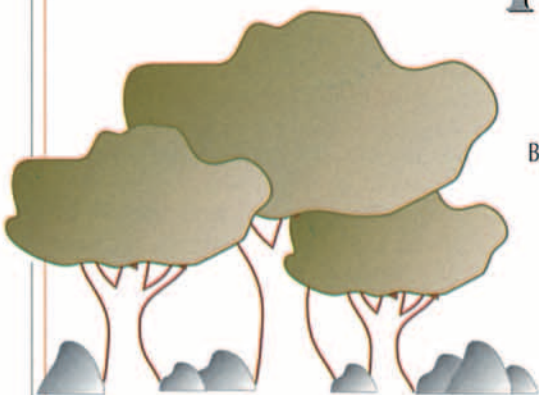
será muy lento, el propio concepto de nación será con toda seguridad distinto del actual, con lo cual tal vez sea más prudente renunciar a él desde el principio. Todo ello representa un desafío para los dirigentes políticos europeos actuales y de las generaciones futuras; será preciso un derroche de imaginación, de decisión y eficacia para compaginar las evidentes diferencias de todo tipo entre las diversas regiones, en un ente político con identidad propia y en el que las fuerzas de cohesión, cooperación y los intereses comunes eliminen poco a poco las fuerzas centrífugas residuales. Conviene recordar en este sentido que hace doscientos años la determinación y entusiasmo de unos pocos hombres sentaron las bases de una nueva forma de organización política y administrativa, desconocida hasta entonces, que en muy poco tiempo dio paso a los actuales Estados Unidos de América.

ESTADOS UNIDOS, EL LIDER EN SOLITARIO

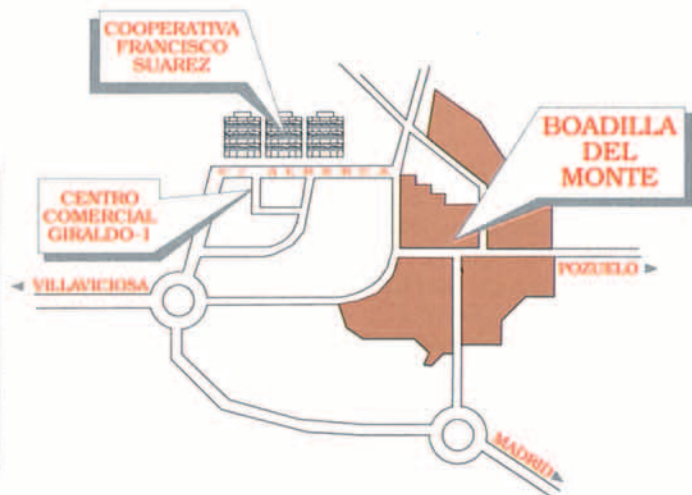
La desaparición de la Unión Soviética ha dejado a los Estados Unidos como líder indiscutible del mundo y del bipolarismo existente hasta ahora se ha pasado a una situación de monopolio, con todo lo que ello significa. Pero su liderazgo político y militar debe compaginarlo con otras naciones cuya potencia económica es tan grande como la suya. Por otra parte, y a pesar de las reducciones en el armamento nuclear, varias repúblicas de las que antes componían la URSS poseen ese tipo de armamento con las características suficientes como para amenazar a EE.UU. y a cualquier parte del mundo. Además, esa desintegración ha producido un descontrol de esas armas, y más que nunca existe el peligro de que algún país con ambiciones pueda acceder a ellas.

Cooperativa de Viviendas FRANCISCO SUAREZ EN BOADILLA DEL MONTE

Información en el **Centro Comercial Giraldo-1** local nº20
Boadilla del Monte. Teléfono: 632 26 46, de martes a viernes de 16 h. a 20 h.
Sábados de 11 h. a 14 h. y de 16 h. a 20 h. y domingos de 11 h. a 14 h.
o en **Inmobiliaria Financiera S. L.** c/ Boix y Morer 6, 9º, Madrid.
Teléfono: 536 33 93 de lunes a viernes en horario de oficina.



PISOS desde 14.300.000 Pts.
De 3 y 4 dormitorios
Áticos con solarium
Cuarto trastero y garaje
Bloques de tres alturas
Amplias zonas verdes
Piscina y paddle-tenis
Acabados de primera calidad



El resultado es un mundo mucho más inestable que antes. El miedo agustioso al holocausto nuclear producía una paralización total y en el fondo era muy estable. Ninguna nación del mundo movía un solo dedo sin contar antes con la aprobación de su líder respectivo, quien ya se cuidaba de mantenerse dentro de los límites que el otro bloque estaba dispuesto a tolerar.

Otro aspecto importante a analizar es que, antes, Estados Unidos debía cuidar a sus socios, tanto por fortalecer el bloque que él lideraba, como para acallar a los disidentes que desde dentro aún miraban con esperanzas al sistema comunista. Eso se llevaba a hacer concesiones que se plasaban en ayudas económicas y militares y transferencia de tecnología, aparte del apoyo político necesario.

Justo es reconocer que la URSS no andaba con esas exquisiteces, puesto que los países que caían bajo su control se veían forzados a permanecer en su esfera de influencia, perdiendo todo el control político, económico y militar de sí mismos.

En la situación actual, Estados Unidos ya no necesita cuidar a sus socios; lo único que precisa de ellos es fortalecer aún más su liderazgo y su economía o, en el peor de los casos, que no le molesten mucho para conseguir sus objetivos. Y esos socios no tienen donde ir. Se ha convertido de repente en el típico terrateniente de un pueblo que controla todos los negocios y además es el alcalde, el jefe de policía y el juez. Tal vez no haya motivos fehacientes para dar una imagen tan oscura de la situación actual, pero la experiencia histórica recuerda que, desafortunadamente, el mundo nunca ha estado constituido por ángeles, y en ninguna época los que han tenido el poder lo han usado para crear el verdadero paraíso terrestre. En el mejor de los casos lo que han querido implantar es "su paraíso", que a menudo solía coincidir con el infierno para los demás, o como mínimo, el limbo.

En esta situación, se corre el peligro de que conceptos como el de la democracia, el libre comercio, la libertad de expresión, el código inter-

nacional, entre otros, se vayan desvaneciendo poco a poco, dependiendo en cada caso de la interpretación del juez. Parece innecesario nombrar los casos en los que durante la época de la Guerra Fría, el bloque occidental, demócrata por definición y defensor a ultranza de los derechos humanos, estuvo amparando e incluso mimando a regímenes profundamente totalitarios, porque defendían los intereses de algunas de las potencias occidentales. Sin tener que remontarnos más en el tiempo, entre los cuatro objetivos que pretendía alcanzar la Coalición durante la Guerra del Golfo, y que fueron anunciados por el Presidente Bush, el segundo era "restaurar el gobierno legítimo de Kuwait para reemplazar al régimen establecido por los iraquíes". No es nuestra intención poner en duda si es legítimo o no el gobierno kuwaití actual (que es el mismo que antes de la invasión) pero lo que nadie puede discutir es que un gobierno de similares características, en otra parte del mundo, y en otras circunstancias, no tendría el marchamo de legalidad de las potencias occidentales, por no cumplir los condicionamientos mínimos democráticos.

Un hecho que refleja una profunda injusticia entre las naciones del mundo en el terreno de sus derechos y de las relaciones entre ellas es la estructura, organización y reglas de funcionamiento de la ONU. Mediante ellas se institucionaliza la clasificación de las naciones en primera y segunda clase. Esta situación era comprensible nada más acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando las heridas de la misma aún estaban abiertas y cuando los vencedores querían asegurarse el control posterior del mundo, regalándose una organización y unos procedimientos que les otorgaban una total ventaja sobre los demás. Incluso durante la Guerra Fría, esos derechos extraordinarios tuvieron un efecto estabilizador, al darse la circunstancia de que los líderes de los dos bloques los poseían y cada uno los utilizaban para frenar las pretensiones del otro, de manera que situaciones que podrían haber degenerado en peligrosas se cortaban de raíz. Pero en el mundo de hoy en día, cuando todo ha cambia-

do, cuando más del noventa por ciento de la población actual del mundo ni siquiera había nacido en la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando el equilibrio de fuerzas no tiene nada que ver con el de entonces, ¿qué nación en buena ley puede tener la fuerza moral para utilizar el derecho al veto en una discusión en el foro internacional?, ¿qué razones pueden argumentar hoy en día las naciones que son miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU para ocupar ese puesto y las demás no?

El mundo se ha modificado profundamente en los últimos cinco años y con toda seguridad lo seguirá haciendo en los próximos. Motivos hay muchos. Naciones con una gran población, y que hasta ahora han estado sumidas en la pobreza, están teniendo los mayores incrementos de crecimiento industrial del mundo; están floreciendo etnias con profundos sentimientos xenófobos o agresivas creencias religiosas que, el mismo tiempo, son los poseedores de materias primas consideradas estratégicas; se están firmando tratados económicos y políticos que hacen variar brusca-mente el equilibrio entre las regiones de la tierra.

Si el bipolarismo de antes no era bueno, la situación actual tampoco lo es. Pero tal vez se genere en unos años otra potencia económica, política y militar que nos haga volver otra vez a una situación que nos recuerde la época de la Guerra Fría.

En medio de toda esta convulsión, Europa parece dormida. Cuesta trabajo creer que siendo la cuna de los hombres más grandes que ha dado la humanidad, cuando es la madre de la cultura occidental, cuando la mayoría de sus naciones han protagonizado toda la historia del mundo en los últimos dos mil años, no se ahora capaz de mirar a este mundo cambiante y, superando sus pequeñas diferencias, retome la posición que siempre ha tenido y que se merece. El futuro sin una Europa unida y fuerte sería algo imperdonable, y que los ciudadanos de este gran continente no nos podemos permitir. ■